



estas palabras sobre el pecho: Nashero'el Neam, descendiente de Hymiar, levantó esta estátua: «quien quiera que seais los que estas palabras leyereis, no vayais más adelante; la vuelta es imposible, y la muerte segura.»

Desde Shamar, el «Temblon,» Iaraasch que le sucedió hasta Amram, la historia de los reyes de la Arabia no ofrece el menor interés. Siguen la suerte del Oriente y reconocen la supremacía de Ciro; es indudable que la conquista de los persas hizo colocar una nueva dinastía sobre el trono de Hymiar. Los hijos de Cahlán, otro vástago de la raza real de Heber, le ocuparon con Amram. Todo hace pensar que esta nueva série de reyes será menos brillante y menos guerrera aún que la que nos ha venido ocupando, y cuyos hechos más importantes hemos enumerado; es también indudable que existen grandes lunares en las listas que

nos han trasmitido los historiadores árabes.

La Arabia había perdido para muchos años la importancia del período precedente. Habitados desde la más remota antigüedad, dice Nuweiri, á salir de su territorio, recorrieron el universo mano armada, y llegaron hasta las extremidades del Occidente. Por el Oriente fueron hasta Samarkand, hasta las puertas del Caspio, y penetraron en las comarcas de la India. Pero en ninguna parte fundaron establecimientos; su conquista no era un imperio, no era más que un paseo militar.

En lo sucesivo estas excursiones serán menos frecuentes; se repetirán, sin embargo, algunas veces, pero siempre serán menos largas y siempre menos brillantes, hasta que una calma completa venga á anunciar y prepare la venida del falso profeta.

Asia occidental.—Fenicia.—Importancia de la Fenicia.—La Fenicia y los Faraones egipcios.—La Fenicia y los israelitas.—Navegacion, comercio y colonias de la Fenicia.—Reyes de Fenicia.—Reinos de Biblos y de Sidon.—Reino de Tiro.—Tiro y los profetas.—Tiro y los asirios.—La nueva Tiro.

CAPÍTULO XII

Rica y de espíritu mercantil la Fenicia desde los tiempos de Abraham, pasó por todas las vicisitudes del Oriente; participó á la vez de las imposiciones de los grandes conquistadores de la Asiria y del Egipto. Sin embargo, estas dominaciones no hicieron más que debilitarla; ella proporcionó algunos cautivos, ó más bien algunos tributos para las inscripciones hiperbólicas de los grandes reyes ó de los Faraones; conservó su prosperidad material, su independencia y su poder sobre el mar. Sidon, la «gran Sidon,» se hizo dueña del Mediterráneo y de casi todo el comercio del mundo antiguo.

Su historia es en verdad y casi exclusivamente la de su navegacion, la de su negocio, la de sus colonias (1). Allí está su imperio; más sólido, más extenso que las invasiones ruidosas de los guerreros del Asia en Egipto.

No hay duda alguna que la Fenicia sufrió las vicisitudes que agitaron al Oriente, y que tomó parte en las conquistas de los dos poderosos rivales, á quien parece estar unida, la Asiria y el Egipto. No: ella echará con frecuencia en la balanza sus tesoros y sus armas, ella sufrirá derrotas casi siempre; pero en el fondo y á pesar de algunas humillaciones y tributos, salvará su independencia y su prosperidad. Nadie la excederá en su importante dominacion, en la dominacion de los mares.

También toma parte en el movimiento de

(1) Véase el excelente trabajo del juicioso y sabio Heeren: *Política y comercio de los antiguos pueblos*; véanse también los *Estudios* de M. Movers y la *Fenicia* de M. Hofer, 1852.

restauracion que precede al advenimiento de Seti I. Se la ve asociarse á la liga de los heteos (1), resistir las falanjes del Egipto, y poner en peligro la vida de Ramsés Hyk-Pen. El príncipe de Aratu, Aradus, figura en primer término entre los enemigos de Faraon; mas los carros del hijo de Ammon destruyeron el país de Isahí, la Siria Marítima, el país de Aratu, la Felicia y el país de Pu-lis-ta, los filisteos, en tanto que las naves, defendidas por bravos guerreros, destruían en las costas del «gran mar» las galeras de los confederados. También el jefe de la comarca marítima de «Sairdana» (Tiro y Sidon) debió figurar en las fiestas triunfales de Tebas, al lado del «vil jefe de los chetas,» prosternado delante de la majestad de Ramsés III.

Mas en esto no había otra cosa que una humillacion del momento; el castigo debía venir de otra parte, á lo menos para las tribus del interior.

En efecto, cuando en cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, los israelitas subieron de Egipto al país de Canaam y tomaron posesion de esta patria, tanto tiempo deseada, la cólera divina les entregó las criminales ciudades de la Palestina, y el hierro y el fuego castigaron la corrupcion que allí reinaba. La mayor parte de las tribus cananeas fueron exterminadas.

Poco importante fué el nombre de estos pueblos guerreros, que como los ammonitas, los moabitas y los filisteos, conservaron en medio

(1) Los Khettim de la Biblia, los chetas de las *Inscripciones egipcias*.





de los combates una independencia trabajosa y una existencia ignorada, cuya historia judía es la única que revela el secreto. La vigorosa raza de Enak, tantas veces destrozada por la conquista, ó debilitada por frecuentes emigraciones, desapareció al fin enteramente de las montañas, encima de las cuales se levantaba la tumba del conquistador Josué.

Entre tanto, la hija de Canaam, la *Gran Sidon*, llamando bajo su protección á las tribus independientes que ella había dejado extenderse por la llanura, se estableció junto al mar, y la Fenicia, tranquila detrás del Carmelo y las dos cordilleras del Líbano y Antilibano, sirvió como de asilo á los pueblos que huían en presencia de la conquista de los hebreos.

El país estaba cubierto de ruinas de esta población vencida, que huyendo de la Palestina, se daba prisa por establecerse en derredor de las pequeñas colonias sirias, escalonadas á lo largo del gran mar (1). El Líbano y Antilibano recibían constantemente nuevas emigraciones, y por todas partes se levantaban ciudades. El litoral estaba sembrado de poblaciones y ciudades. Entre Aradus al N., y Tiro en el extremo meridional, cuyas dos ciudades no poseen un pié de tierra firme, colocan atrevidamente á la otra en medio de las aguas (2), y están asentadas mitad sobre el continente y mitad sobre las islas; se descubrieron de ocho en ocho leguas Biblos con su templo de Apolo, Trípoli, Beirut; en el espacio que mediaba entre puerto y puerto no se veían más que manufacturas y fábricas, como Sarepta, Botiris y Ortona.

Navegación y comercio, hé aquí lo que caracteriza el genio de los fenicios. Y en efecto, la Fenicia, este pequeño país de cincuenta leguas de largo por algunas de ancho; este límite de la costa, defendido por el lado que mira al continente por montañas cubiertas de bosques, cuyos árboles estaban como pidiendo sumergirse en las ondas; esta costa, toda erizada de picos y promontorios, sembrada de bancos

(1) Estrabon.

(2) Heeren, *Política y Comercio*; Danville, *Geografía antigua*; el *Curso de historia antigua*, de M. Lenormant.

y de islas desprendidas, al parecer, por las olas que se estrellaban contra las rocas, era muy propio, dada su esterilidad é ingratitud, para hacer á sus habitantes industriosos por necesidad (1).

Esta es la causa que, envolviendo el corazón de los fenicios con el triple metal de que habla el poeta, les lanzó á los mares.

La piratería como fin, y el comercio como pretexto, fueron los móviles principales de las expediciones fenicias, que regularizadas pronto, sirvieron al mismo tiempo para el comercio, la conquista y el proselitismo religioso. Su marina se componía solamente de navíos para el cabotaje; pero con sus pequeños barcos redondos, provistos de una quilla poco profunda y lamiendo la playa, costearon el Mediterráneo y surcaron los Océanos.

No era únicamente Tiro, sino todas las ciudades fenicias, las que habían establecido escalas en todas partes; y sus barcos llevaban allí la púrpura, telas y todas las mercancías del Oriente que recibían de la Siria (2). En un tiempo en que las comunicaciones eran raras y difíciles, estos navegantes servían de intermediarios á todos los pueblos, y por su mediación, el Asia, el Africa, la Europa cambiaron sus riquezas. Es verdad que primeramente se habían dado á conocer como corsarios en las islas desconocidas, y que desembarazándose de sus géneros en estas nuevas playas para venderlos en los grandes mercados de esclavos del Oriente. Pero á medida que sus expediciones marítimas tomaron ese maravilloso acrecentamiento que fué causa del esplendor de Tiro y de Sidon, de 1500 á 500 años antes de Jesucristo, renunciaron á mezclar la guerra con el comercio. No quisieron recurrir á las armas para conservar el monopolio, y se limitaron á ponerle bajo la protección del secreto nacional y del misterioso terror de las fábulas. Sus colonias no fueron, pues, en general más que lugares de depósito ó escalas sobre las costas del país que ellos no

(1) No nos atrevemos á repetir el antiguo proverbio que, á propósito de la Fenicia, figura en todas las historias antiguas y modernas: «La industria es la hija de la necesidad.»

(2) Heeren.



querían someter ni por envidia ni por poder.

Una vez que los fenicios, hubieron tomado rumbo, los vientos no les fueron contrarios.

Nosotros hemos visto las colonias que fundaron antes del siglo XVI. Ahora van más allá. Sobre las costas de la Grecia, los helenos, rudos corsarios, los alejan y rechazan; los pacíficos mercaderes siguen su camino.

Entonces es cuando lo maravilloso da forma á una historia cuya realidad está llena de prodigios. Melkart, ó Marvat, el Hércules tirio, símbolo de una influencia política y comercial que todo lo domina, penetra en Occidente por comarcas hasta entonces quizá desconocidas. Llenó la costa de Africa de innumerables estaciones al norte, Ruscoma, Ruspina, Rusuea, Ruspo-Kefale, Ruscada, Rusibis, Rusukiba, Rusukerna, Rusubazer; igualmente se hallan sobre la costa del Océano Atlántico Rusaddir, Risardir y Risadrina. En la Risauna los fenicios poseían la grande Lepsis, Sabrata y Hadrumeto; en la Mauritania, Anza y Capsa; en el Maroc, Tingis (Tánger) y Zelis (Ceuta). Pronto figuró la gran Cartago; pero pide un capítulo aparte.

Más tarde, afirma Riancey, Hércules asienta su pié sobre España y somete parte del país que lleva el nombre de *Tarsis*. Todo le atraía hácia esta deliciosa Iberia, hácia este *jardín del Bétis* la suavidad de su clima, la condescendencia de las poblaciones, y todas sus variadas producciones, como el trigo, vinos, naranjos, olivas, etc. El país, al sur de Sierra-Morena, les ofrecía también sus minas de hierro, plomo, estaño y plata particularmente. La montaña de Castalon se llamaba la «montaña de plata,» y á su regreso los navíos llevaban las áncoras de plata y guarnecían sus costados con este metal.

Hércules dejó, pues, sobre la costa de España más de doscientas colonias, principalmente Gades, Carteya, Malaca, Hispalis, y los antiguos turditanos, confundiendo con ellos, formaron el pueblo bastardo de los Bastulos.

Sigamos al genio de Marvath cuando se retiró triunfante por la Galia, la Italia, las islas del Mediterráneo y la Sicilia, donde fundó la factoría de Makara, cuyo nombre de Rus-Melkarth se conservó en el cabo de Hércules, llama-

mándose más tarde Heraclea en tiempo de los griegos (651); la fortaleza de Makanath, cuya antigüedad celebraba Safo, y que más tarde fué Palermo. Dios humilla las tiranías á su presencia; las ciudades se mueven á su paso, y como sello de su origen les deja el culto de Asarté, ó de alguna otra divinidad de Tiro; esto se veía en Panorma y en Moteja. En toda esta parte del mar interior, los cartagineses, cuando establecieron allí su pabellon, no hicieron más que heredar la influencia fenicia, y aún redujeron el círculo de las expediciones de sus predecesores, quienes, á no dudarlo, habían traspasado las columnas de Hércules, y sacaban el estaño y el ámbar de las riberas del Océano (1).

Para la ciudad de Tarsis llegará un día en que la metrópoli perderá su dominio; pero conservará su monopolio hasta lo último, después de haberle dividido con la Judea, y este consentirá en la navegación del Oriente, del Golfo Árábigo y del Océano Indico. De este lado estaba la comarca de Ophir; está en dirección del Este, como Tarsis lo está en dirección del Oeste.

Los fenicios iban á buscar incienso al país de los sábios; á la India sus telas y sus preciadas riquezas; á la Etiopía el ébano, el oro, los monos y los pavos reales. Las caravanas llevaban á Damasco, y este enviaba á Tiro, todas las mercancías que ellos no podían ir á tomar por mar; y también con las caravanas de la Siria esparcían por Oriente todos los tributos de Occidente (2). El Egipto, á pesar de la dificultad de sus costas, hacia el comercio con ellos en grande escala, y era necesario que estos cambios convinieran á Menfis, puesto que esta les había concedido un barrio especial para sus tráficos; en ellos no se reconocía el carácter exclusivo de los egipcios.

Los Faraones tuvieron á su servicio navegantes fenicios, y estos, si no tocaron con el Nuevo mundo, ejecutaron al ménos bajo el Faraon Ne-Kau, el «Periplo,» famosa vuelta al

(1) Heeren, *Política y comercio*; M. Lenormant, *Curso de Historia antigua*; Hoffer, *Fenicia*.

(2) Véase Heeren, *Política y comercio*.